

PACO IGNACIO TAIBO II

La bicicleta de Leonardo



Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Bruno Valasse
Diseño de colección: Bruno Valasse

© 1993, Paco Ignacio Taibo II

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial JOAQUÍN MORTIZ M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: marzo de 2020
ISBN: 978-607-07-6570-4

Primera edición impresa en México: marzo de 2020
ISBN: 978-607-07-6569-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

Esta novela es para tres jefes de la terquedad moral, mis cuates Jesús Anaya, Mariano Rodríguez y Jim Adams, y para dos escritores a los que quiero mucho: el Vampiro de Manhattan-París, Jerome Charyn, y el representante de «Viajes Partito» en La Habana, Justo Vasco.

Cuando las sustancias pesadas
descienden por el aire,
este se vuelve en dirección
contraria para llenar
continuamente el espacio.

LEONARDO DA VINCI

Primer sector

Bicicleta

No tendría sentido abrir los ojos si
estuviera realmente paralizado. –ROSS THOMAS

Leonardo (I)

¿Por qué son los dibujos preparatorios muchas veces más bellos que el objetivo final y sin duda mucho más interesantes? ¿Por qué hay mucha más fuerza en esos trazos inconclusos, en los bocetos, en ideas difuminadas, que en el producto que se estaba buscando y que tiempo después el pintor halla?

No queda duda de que lo atractivo del esbozo incompleto se encuentra en su carácter literario, en que el cuadro está contado desde sus tibios interiores. Porque en ese momento los dibujos son ideas flotando antes de amarrarse al salvavidas final. Sin duda en los bocetos hay una narración del futuro cuadro, pero también hay un puente entre el cuadro y las ideas que lo generaron, los materiales de la realidad que habrán de integrarse en él. Y ahí están también las relaciones del pintor con el material. Son mejores los esbozos que el futuro cuadro, porque muestran el experimento, porque ilustran la búsqueda, porque hay en ellos un despliegue de alternativas y variaciones sobre lo que será sin duda un, uno solo, el único, resultado final.

Son mejores porque en ellos, además de prefigurarse el resultado, se encuentra la búsqueda.

Eso, esa sensación de *aquí está la obra final y no en el futuro mural que nunca habría de existir*, es lo que probablemente altera las emociones y el discernimiento del propio Mago, nativo de Vinci, ante la visión de los esbozos de caballos con que preparó durante años el esquema de aquel mural que habría de llamarse *La batalla de Anghiari* y que hoy, cuando Leonardo es huesos y materia pulverizada, se encuentran repartidos entre Windsor, Gran Bretaña (identificándose bajo las claves 12326 recto y 12327 recto) y Madrid,

España, dentro de la Biblioteca Nacional como parte del Códice Madrid II.

No fueron estos sus únicos caballos. Años antes, la estatua ecuestre de Francesco Sforza le había quitado el sueño. Aquél era un proyecto de caballo monumental en bronce que nunca llegó a fundirse, porque las 156 000 libras que le estaban destinadas fueron a Ferrara para convertirse en cañones.

Ahora eran rostros de caballos en movimiento (*¿Tienen rostro los caballos? ¿Cuál es la pluma que guía el vuelo de los ángeles? ¿En qué sentido giran las ondas al caer la piedra en el agua remansada?*), ariscos, con gestos de ferocidad, como si la batalla los hubiera poseído a ellos también y compartieran odios con sus jinetes. Caballos malvivientes distorsionados por la furia, al grado de que uno de ellos se transmutaba bajo el lápiz en un rugidor león.

Cuando el Gonfaloniero Soderini le encargó la pintura para uno de los muros de la Sala del Consejo del Palacio Vecchio, probablemente Leonardo intuía el destino del mural y, sin embargo, contra su mala costumbre de dejar el arte de la pintura olvidado en nombre de otras curiosidades y obsesiones (al fin y al cabo no hay que olvidar que El Mago se crió sin madre que le inculcara el vicio de la formalidad), dedicó semanas y meses a preparar aquel mural que para sus empleadores habría de conmemorar la batalla de Anghiari; aquella en la que un oscuro condotiero había llevado a la victoria a los florentinos contra los milaneses cien años antes (podrían ser quinientos, tan lejos estaba entonces y ahora), pero que para Leonardo habría de simbolizar la bestialidad de la guerra.

Leonardo llegó a Florencia en aquel año de 1503 huyendo de sí mismo, cual era su trágica costumbre vuelta hábito, y huyendo también de obsesiones y usuales derrotas. Durante tres años había sido ingeniero militar de César Borgia y evitado mirar cuando el duque de Valentinois, el cardenal de Pamplona (con permiso papal para la fornicación), tejía un complot, vendía y compraba condotieros, traficaba con almas, armaba mortales telas de araña, ahorcaba a sus viejos compinches hoy inútiles, desenvolvía guerras menores sacándolas del pañuelo y la botella del veneno. Toda una no-

table sensación, aunque un tanto angustiosa, ver al artífice de la maldad desenvolviendo su túnica. Pero Leonardo había volteado la mirada, mientras revisaba la villa de Urbino para fortificarla, ofrecía opciones militares para la defensa de Piombino o dibujaba mapas de Imola con objetivos militares. Miraba hacia otro lado, la vista perdida, la sensación de infrahumanidad, de ajenidad. Miraba, por ejemplo, hacia el vuelo de las palomas (*las plumas más ligeras están situadas debajo de aquellas más resistentes y sus extremidades están vueltas hacia la cola del pájaro. Esto es así porque el aire por debajo de los objetos volantes es más espeso que el que está por encima y por detrás*). Mucho había mirado hacia otro lado el maestro Leonardo para evitar el contagio de la peste moral.

Ahora en Florencia eran caballos, y cambiaba de patrones y de encargos: un muro para pintar una batalla y un proyecto para la canalización del río Arno. Y entonces, sus cuadernos se llenaban de corceles con rostro humano y de mapas.

Primero fueron multitud de estudios, dibujos, esbozos, personajes comunes atisbados en las calles florentinas y trasladados al papel, caras de pobres y mendigos alquilados en los callejones y que, para escándalo de los notables, habrían de ofrecer sus gestos a los personajes con los que sería narrada la historia. Y al fin, el viernes seis de junio de 1505 comenzó a pintar en un gran cartón, cuyo producto luego debería trasladarse a la pared.

Y así, en el destino fallido, habría de pasar al mural la versión vinciana de la batalla, que en el diseño de Leonardo tenía como eje el combate en torno a un estandarte, pero cuyo verdadero centro espiritual era la narración de la locura. Un punto de contacto brutal donde se enzarzaban hombres armados y a caballo, infantes cubriéndose con un escudo, lanzas que buscaban el cuerpo, sables cortando la carne y, bajo los cascos de uno de los caballos, que tanto le habían preocupado, un hombre acuchillando a otro.

El mural se inició en medio de augurios extraños: *El viernes a la hora 13 comencé a pintar en el palacio. Y tan pronto como bajé el pincel, el tiempo comenzó a empeorar y empe-*

zaron a sonar las campanas llamando a los hombres al trabajo. El cartón se rompió, el agua tornó a desparramarse del jarrón quebrado en que estaba y de repente se soltó a llover a cántaros prolongándose hasta el atardecer y el día era como la noche.

Y el mundo, que era enorme y ajeno, producía en esos mismos días travesías de buques portugueses cargados de esclavos negros para América y una guerra campesina en Alemania enmascarada como guerra religiosa y se sucedían tres papas en un solo año y se expulsaba a los judíos de España. El mundo, enloquecido, poco caso le hacía a una locura privada como la de Leonardo.

Cumpleaños

Engañó vilmente a la portera diciéndole que cumplía 52 el día en que cumplió 53. Una camionetita de sonido pasaba por abajo de la ventana de su casa iniciando la campaña electoral. Dejó las llaves abiertas para que el agua corriera un largo rato mientras se estaba afeitando, como si con la espuma sucia se fuera por el desagüe el año que le habían escamoteado. Escuchó toda la mañana siniestros discos viejos y rayados de la orquesta de Glenn Miller, simulando que escribía una nueva novela. Comió atún enlatado con mayonesa y un pan integral que estaba ligeramente mohoso.

Y solo, solamente cuando prendió la televisión para ver un partido de basquetbol femenino de la liga colegial norteamericana encontró José Daniel Fierro la paz que tenía perdida y sintió que había hallado una manera digna de celebrar un cumpleaños fatídico que lo acercaba a la vejez.

Su afición por las basquetbolistas gringas era el resultado de una acumulación de accidentes, todos ellos con marcado acento telenoveler. Admisibles en personajes que no fueran como él, esos otros que no emergían supervivientes de la parca realidad. Si no se hubiera roto el tobillo al bajar las escaleras de la Cineteca una noche de Reseña cinematográfica... Si no hubiera instalado Cablevisión en su casa para acompañar a la pata enyesada... Si no llevara tres meses peleando con la escritura de una novela que francamente no existía. Si no fuera por estos *sinos*, no hubiera descubierto su última perversión sexual. Porque seguir con fidelidad durante semanas los juegos de básquet femenino, o a las *ladies* de la liga colegial norteamericana, como preferían llamarlas los cronistas, no era una pasión deportiva; aunque José Daniel tratara de en-

gañar a su puritano inconsciente diciendo que si a unos les gustaba el box, las carreras de caballos o el sumo, a él...

Era puro sexo. Y además, sexo deportivo, platónico, a distancia y minoritario. En un país donde hay tantas obsesiones deportivas mayoritarias, estar enamorado de las basquetbolistas gringas era una pasión deportiva de minorías más bien pinche; sin aliados a quienes llamar por teléfono para comentar los partidos, lo que parecía dejar todo el asunto en un sucedáneo de la masturbación.

La imaginación que no podía ponerle a las páginas de la novela, la desbordaba José Daniel, quitándole el sonido a las transmisiones y narrando en voz alta:

—Y ahora, la güerita de Oklahoma, sudando profusamente, con las axilas peludas, roza con la teta izquierda al árbitro...

La pierna rota fue el pretexto. Pero José Daniel se había acostumbrado a no necesitar pretextos en el último año de su vida para cualquier acto en soledad. Es más, se preparaba para hacer pública virtud literaria de su perversión privada: tomaba notas de las cosas extrañas que le apetecían, hacía o se le ocurrían: «dejar resbalar el helado derretido por las comisuras de los labios... El maravilloso olor del líquido para encendedores, la bencina, que si lo chupa uno, impregna los labios y el bigote... Lo delicioso de mear sentado» (esto tenía que ver con la pata rota, pensaba). Y las notas eran usualmente reflexiones en voz alta hechas a una grabadora, porque se descubría a sí mismo, con cada vez mayor frecuencia, hablando solo.

—Y a Jackie O'Brien se le ve el brasier de copa 18 cuando estira los brazos para colgarse de un rebote... E incluso se le ven los pelos del pubis en ese salto descoooooomunaaal.

Fue sexo blanco. Hasta hacía tres semanas, cuando los programadores de Houston, que José Daniel admiraba a la distancia, eligieron como su equipo favorito, que a partir de ese momento *seguirían* con precisión, a las Texas Long Horns.

—Y resbalándose al perder el equilibrio apoya el culo en la base de la canasta, solazándose con el encuentro, esta negrita de 20 años llamada Ludmila Washington... ¡Y le gusta!, damas y caballeros, ¡le gusta!

Gracias al descubrimiento de las Texas Long Horns, José Daniel empezó a tomar nota de los horarios de transmisiones

y, fiel de todas las fidelidades, mientras en la calle pasaban autobuses con el tubo de escape abierto y chillaban los carros de camote sin que él pudiera verlos, arrastraba su pata rota hasta el sillón guinda heredado de su exmujer, se ponía al lado un *six pack* de cerveza Tecate y contemplaba a las universitarias norteamericanas.

—Y mientras bota la pelota acercándose al área enemiga, Eloísa Waterfront va creando un ritmo infernal en el movimiento de la entrepierna, lubricando con sus jugos vaginales el paso chévere que la acerca a la canasta, elevando alternativamente las nalgas al undosundosundos y colocándose al borde del orgasmo, lo que ocasiona que le roben la pelota, pero ella impávida se concentra en su goce, señores, señoras, no pela, ni caso hace... Así, amiga, se llega a *la gloooria*. Treinta y seis a veintinueve, pendeja.

Las Texas Long Horns eran un prodigio de furor extracadémico y (José Daniel añadía en sus crónicas en voz alta) uterino. Pura pasión, pasión pura. Peleaban cada pelota como si les fuera la vida, discutían con los árbitros cual si estuvieran permanentemente dominadas por un maligno cólico menstrual, festejaban los tantos con aullidos, se burlaban de las adversarias, enviaban besos a los tendidos dirigidos a sus fans adolescentes más repletos de acné, fallaban los tiros fáciles y lograban la jugada imposible.

Las adoraba.

Pero ese día, cumpleaños maldito, de los 53 años encima, se produjo una aparición que habría de cambiar los siguientes meses de su vida y, en cierta medida, la vida entera (como a José Daniel le hubiera gustado decir en una novela, escribiendo al modo de Victoria Holt). Primero sonó el teléfono. Luego entró en la duela Karen Turner, y las cámaras le dieron al escritor, que se levantaba del sillón cojeando, un gran *close up* del rostro pecoso.

Y entonces, José Daniel Fierro, mientras dudaba entre contestar el teléfono o sentarse de nuevo, atraído por el electroimán del rostro de la nueva basquetbolista, escritor condenado a la soledad de su cuarto por una pata rota, vio cómo la muchacha le sonreía y enloqueció del todo. Como se había dicho en una vieja radionovela: «perdió la razón por la ilusión».

Leonardo (II)

Los ambiciosos, que se hallan conformes con el regalo de la vida y la belleza del mundo, sufren la penitencia de arruinar sus vidas sin nunca poder poseer la utilidad y belleza del mundo.

¿Qué quería decir el viejo pintor de 50 años? Que había que renunciar al cambio, al descubrimiento, a la búsqueda, que era obligado renunciar a la vocación de la negación. No, no él. Cualquier otro pensador cuya biografía no desmintiese los hechos, pero no él.

¿Qué, entonces?

Al fin la pintura, en un cartón original que habría de ser transportada al muro para ser conocida como *La batalla de Anghiari*, fue terminada y se exhibió durante días, provocando admiración y sorpresa. Mientras tanto, Leonardo, que ya se había aburrido del proyecto como se aburría de todo, porque iba más veloz que la realización, porque siempre pensaba más rápido de lo que le tomaba ejecutar, porque la idea se anticipa al acto, se escapó de sus deberes y volvió al estudio del vuelo de las aves, obsesionado por encontrar la clave que le permitiría (*El aire se mueve como un río y lleva las nubes, lo mismo que el agua corriente arrastra todo lo que flota sobre ella*) elevarse por encima de los demás hombres utilizando una máquina.

Al fin, el 28 de enero de 1505, los ayudantes de Leonardo comenzaron a colocar tablas y caballetes de madera para poner en pie el andamio y se hicieron las complejas mezclas de ingredientes que habrían de constituir la base sobre la que sería pintado el mural: 600 libras de yeso, noventa libras de colofona y once libras de aceite de lino. A lo largo del mes

de marzo y la mitad de abril, mientras secaba la mezcla, Leonardo volvió obsesivamente al vuelo de los pájaros (*Cuando las sustancias pesadas descienden por el aire y el aire se mueve en dirección contraria para llenar continuamente el espacio...*).

En el verano, parecía que el mural estaba a punto, el estandarte capturado y los caballos feroces, y solo faltaba el revestimiento. Leonardo le había estado dando vueltas al asunto y en lugar de usar la técnica del fresco, probó un método que había leído en Plinio. Se encendió en la sala un gran fuego de carbón para que la caldeara. El calor del fuego debería ir secando las paredes y evaporando los fluidos líquidos de los ingredientes. Aparentemente todo iba funcionando y la parte inferior del fresco se había secado cuando se produjo la tragedia y comenzó a derretirse la parte superior.

Los yelmos de los hombres, las cabezas de los corceles se desvanecían en colgajos, cuajarones grotescos, restos irrelevantes; todo desaparecía en pingajos de pintura...

Teléfonos

José Daniel Fierro tenía una relación levemente paranoica con los teléfonos. Por eso, durante aquellos meses de lluvias torrenciales que hicieron que se desquiciara la red telefónica de la Ciudad de México, ya muy herida por el temblor del 85, las ratas y la vejez, contemplaba su aparato con creciente desconfianza.

Era una mierda de teléfono, comprado en un Radio Shack de Nueva York por su exmujer, con forma de concha de tortuga y de un color rosa maligno, casi inverosímil, que había pasado a formar parte de la herencia de pequeñas cosas angustiantes que se quedaron en la casa después del divorcio: un teléfono rosa, una centrifugadora de lechugas, un doble *long play* de Julio Iglesias (el tocadiscos se lo había llevado), todas las novelas de Mishima, un reloj suizo de pared con cucú, unos cubiertos pesadísimos de plata falsa, un álbum de fotos de la prepa (la de ella, no de la gloriosa prepa 1, sino de la asquerosa prepa del Queen Mary, carajo) y un botiquín repleto de medicinas de utilidad desconocida.

Cada vez que descolgaba el teléfono todo era un prodigio sonoro: líneas que se cruzaban constantemente; silbidos agudos que obligaban a colgar soltando el aparato como si fuera un bebé leproso; números que no se dejaban marcar; horas enteras con la línea muerta; ecos que devolvían la voz del escritor distorsionada, como si ya hubiera cumplido los cincuenta y cinco; irrupciones a mitad de una llamada, en la que una voz anónima se identificaba como la de un controlador de Teléfonos de México y le pedía que pronunciara lentamente su apellido y las siete cifras de su número; sonidos extraños, como de pajaritos agónicos...

Era año de elecciones y su paranoica sensibilidad argumentaba contra la razón gélida. José Daniel Fierro conversaba en voz alta con la pantalla de su computadora y le decía que, si lo quisieran intervenir, no habría tanto pedo; todo lo contrario, el teléfono funcionaría normalmente; pero contrargumentaba que aquellos cabrones eran unos chapuzas. ¿Qué razones tendrían para intervenirlo? ¿Qué carajo había hecho últimamente? Firmar un manifiesto contra la burocracia universitaria. Mamadas. Escribir una novela, otra más, sobre la corrupción policiaca. Mamadas de corneta soplando aires populacheros. Había hablado en un acto de campaña del PRD. Nada, en la lógica del sistema él era un intelectual más. O sea, un ciudadano pinche. En épocas de auge, el Estado mexicano habría contemplado la alternativa histórica: o el destierro en las Islas Marías o la embajada en Estambul, pero los tiempos habían desvalorizado al gremio de los escritores en la lógica perversa del Estado. Ahora daban museos y becas, o premios extraños de 30 mil nuevos pesos, si estabas de un lado, y diplomas de inexistencia y ninguneo, si quedabas del otro.

Eso decía la lógica, pero cuando se militó diez años en los laberintos de la izquierda pre 68, cuando se vivió la experiencia de la comuna de Santa Ana y los once meses de cárcel posterior, siempre quedaba un resabio paranoide basado en la absoluta certeza de que el Estado mexicano tiene como función primordial joderle la vida a uno; tiene como único sentido jeringarle la existencia a los nacionales.

En fin, que el escritor ojeaba el aparato rosado con mirada repleta de desconfianza, con recelos turbios. Pero de eso a cortar el cable con las tijeras que había encima de su escritorio, había un enorme paso que no se animaba a dar.

Cuando el timbrazo se combinó con la aparición de Karen Turner, todos sus resabios antitelefónicos volvieron como oleadas a meterse en la cabeza. Sin poder separar la vista del televisor, en el que el rostro de la relativamente chaparrita (no debía de llegar al 1.90) de pecas y melena corta se había quedado como congelado por un instante, tomó el aparato como si fuera un pedazo de caca de perro.

—Quui, Tropea, menso. Io sono tu editore, pero si no tienes libro, ¿qui jodidos edito? —dijo una voz conocida ha-

blando en cocoliche, esa mezcla de italiano y español que se había inventado en Argentina.

–Estoy escribiéndolo, güey, ¿no sabes que no se puede presionar a los escritores? Es pecado –le dijo José Daniel a su editor italiano.

–Tu sei como Leonardo, no terminas niente, nada, nadita de niente –contestó Tropea riendo.

Pero solo un fragmento de su concentración estaba en el teléfono rosado, el resto se le había quedado en la imagen gloriosa y desaparecida de la Turner. Trató de distinguirla en el conjunto. La pelota estaba en manos del equipo contrario, unas universitarias de Nuevo México con apariencia mixta de chicanas, watusis y suecas.

–¿Y de qué es el tuo pinche libro?

–De basquetbolistas, güey. ¿En México de qué va a escribir uno? Basquetbolistas y de mi abuelo que era terrorista en Barcelona. En tiempos como éstos hay que reivindicarlo. En Barcelona andan pintando su plaza de rosa. Para celebrar las olimpiadas, mano. Y ni era estalinista. Era anarquista, es más, los estalinistas lo odiaban y hasta trataron de matarlo durante la guerra de España, aunque les armó unos pedos... Pues eso. De basquetbolistas.

–¿Tu sei hablando en serio, manito? No vas a vender un solo copia di ese libro de merda en Norteamérica. ¿Basquetbolistas y anarquistas?

¿De dónde había salido la pecosa? No era una de las habituales del equipo. Durante unos segundos su nombre había flasheado en la pantalla de la tele en superposición bajo su rostro: *Karen Turner*. José Daniel trató de escuchar los comentarios de los narradores norteamericanos, pero su editor italiano insistía:

–¿Y cuando tú mandas tuo libro?

–El mes que viene, viejito. Lo juro por la virgen de Guadalupe. ¿No me tienes confianza? ¿Cuándo carajos te he fallado? –dijo José Daniel esperando que el otro no respondiera.

Y de repente, la pecosa apareció en escena robándole un rebote a una de las larguiruchas negras de la Universidad de Nuevo México, se coló hasta abajo de la canasta y, sin ángulo

de tiro, lanzó la pelota haciendo un soberbio tirabuzón lleno de efectos hasta que alcanzó el aro, del que descendió acariciando la red. Una canasta imposible. La multitud aulló. José Daniel aplaudió sosteniendo el teléfono con la barbilla.

—¿Qué aplaudes, boludo?

—Te hablo mañana, mano. Ciao, Marco. Esto es muy importante. Tropo importante, colega.

Y dejó caer el teléfono mientras se arrastraba cojeando lamentablemente hasta el sillón.

La Turner festejó el tanto, como si hubiera sido el primero en su vida, lanzando una mirada de odio hacia la galería y enseñando los dientes. José Daniel quedó anonadado. ¿Cómo no la había visto antes? Temeroso que se le pasara un detalle, cualquier cosa, algo, rengueó de espaldas hasta la cocina con la mirada fija en el televisor. Se fabricó un sándwich de pastel de pollo con pimientos y queso holandés y volvió al sillón. La Turner perdió una pelota zonga y para recuperarla fauleó a una belleza negra tirándole del pantaloncillo.

¿De dónde había salido? Poco a poco fue siguiendo el hilo de fragmentos de la narración. Pinches locutores, no le daban ninguna importancia. ¿No la habían visto? Era una *rookie*, una *freshwoman*, una recién llegada quién sabe de qué preparatoria del culo del mundo. No formaba parte del primer equipo, entraba de vez en cuando desde la banca y su ingreso a la tarima no provocaba en los comentaristas mayor interés. Tampoco era una estrella seguida por el público universitario. Pero José Daniel Fierro, que para eso era novelista policiaco y que en esto de pasiones y caracteres humanos veía más lejos que los locutores, que los escritores de horóscopos y que los siquiátras, descubrió en ella desde el primer instante ese toque mágico que...

Por ejemplo, y sin ir más lejos, la peculiar forma como el sudor provocaba que un mechón de pelo se le pegara en la sien y ella constantemente hacía por desplazarlo. Por ejemplo, la Turner estaba mirando a un lugar perdido en las alturas del auditorio a mitad de la jugada clave y de repente volvía a entrar mentalmente en el partido. Odiaba con sinceridad, y lograba jugadas geniales de vez en cuando. Muy de vez en cuando.

En esa primera tanda no duró en la duela más de tres minutos. La cámara ni siquiera recogió en un acercamiento su rostro de furor cuando la sentaron. Volvió a entrar al final del tercer cuarto y encestó dos triples en forma casi consecutiva para luego fallar una canasta facilona y hacerse expulsar por un *fault* técnico absurdo.

Ya no jugaría más en ese partido. José Daniel Fierro con-
tuvo el aliento durante diez segundos. Luego avanzó hacia la
televisión y la apagó.

–Carajo –dijo en voz alta mirando la pantalla.

Leonardo (III)

La suerte del mural de *La batalla de Anghiari* todavía podía ser peor. No bastando con que el trabajo en la pared se hubiera destruido, Leonardo había caído en una de sus frecuentes etapas de abulia y distracción, y no tenía muchas ganas de volver a reanudarlo, enfrascado en mil y una variadas obsesiones. De manera que hasta los persistentes burócratas florentinos, que habían amenazado con multarlo si no proseguía su obra inconclusa, terminaron por ceder y olvidarse de él, mientras el pintor viajaba a Milán.

No solo el mural quedaría arruinado y la pared donde había sido pintado sería recubierta con yeso por orden de los Médicis para eliminar totalmente la huella de los trabajos encargados durante la República; no bastó pues que el espacio muerto fuera invadido por nuevos frescos al paso del tiempo; ni que las más remotas huellas se desvanecieran y ni siquiera exploraciones contemporáneas con ondas ultrasónicas fueran capaces de hallar vestigios del viejo mural; por si esto fuera poco, el cartón en que el mural había sido creado originalmente, se desvaneció al cabo de los años.

Pero el mural de los caballos y la batalla por el estandarte no estaba condenado a la desaparición absoluta. Afortunadamente, el cartón fue copiado muchas veces y existen reproducciones que dan una clara idea, al menos de lo que habría de ser la parte central de *La batalla de Anghiari*. Una de estas copias puede verse aún en la Casa Home en Florencia, otra en el Palacio Rucellai de la misma ciudad italiana, una más en la Sala 15 de la Galería Uffizi e incluso, existe otra fuera de Italia, la realizada por un joven flamenco llamado Peter Paul Rubens, que visitó Italia un siglo después de los

acontecimientos aquí narrados y, fascinado por el cartón, copió el motivo central, la parte que se conoce como *la lucha por el estandarte*, copia que se encuentra en el Louvre.

Pero la obra de Leonardo no solo estaba eternamente condenada a la cuasi desaparición, sino, como sucede frecuentemente, también al mito. Por eso, y gracias a estas copias y a los esbozos y dibujos previos de Leonardo, puede hoy hablarse de un mural que no existe como si existiera; de algo que ya no está como si estuviera; de esa otra obra más, *anche otra*, también inacabada, de El Mago. Un mural metafísico, como quien dice.

Y esto es historia permanente y absurda en Leonardo. Nuevamente había llevado su vida al callejón sin salida de las obras incompletas, de lo interminado, de lo no finito. *La batalla de Anghiari* iba al desván de los sueños, al arcón de las ilusiones, acompañando a *El caballo*, la estatua ecuestre de Sforza, cuyo bronce se convirtió en cañones... y esta extraña injusticia parecía perseguirlo después de muerto, haciendo desaparecer sus cuadros más famosos como *Leda y el cisne* o los retratos que hizo para Branconi, permitiendo que solo pudieran ser contemplados por medio de copias realizadas por contemporáneos. Una larga cadena de obras metafísicas.

Existe, y no hay duda, una condena vinciana a lo interminado, lo desaparecido, lo inconcluso, lo perdido. Quizá por eso, en su testamento, Leonardo pidió que 60 mendigos, con una vela encendida cada uno en la mano acompañaran su descenso a la tumba y fueran bien pagados por este acto de despedida. Para que su muerte fuera testimonio público. Para que su desaparición de la escena fuera confirmada por los miserables y alumbrada por las veladoras. Para que la constancia se estableciera por lo menos en eso. Pero Leonardo no fue capaz de prever que ninguno de sus 60 miserables era capaz de escribir y, por lo tanto, con la muerte de los portadores de las velas, incluso el funeral de Leonardo se esfumó, como si hubiera sido dibujado con materiales efímeros.

No hay por tanto reseñas del último viaje de Leonardo, pintor, ingeniero militar, estudioso de las mareas, el vuelo de los pájaros y los hombres. Aquí se habla de 60 pobres con sus velas, pero algunos autores dicen que se trataba de velones;

otros, de pequeñas velas y los más, de antorchas encendidas, las que en sus manos llevaban los 60 (y algunos dicen que fueron 42 y otros que ninguno) miserables alquilados por una noche, para servir de compañía al cadáver hacia la tumba.

Menos mal que la injusticia tiende a equilibrarse en la inercia del mundo de los humanos y que existe una forma, también vinciana, de inercia hacia el futuro; y si bien no quedó testimonio escrito del funeral, ni dibujo, cuadro o reseña, la leyenda lo recogió como lo que había sido, la intención definitiva del pintor de ultimar algo, de terminar lo interminable, de retener lo inconcluso, de fijar lo que habría de ser perdido.

Las velas cuyos pabilos se movían en la brisa nocturna de la ciudad francesa de Ambolse se movían en la leyenda iluminando la desaparición física de El Mago y su entrada en el arcón de reservas, amores, misterios y utilidades que sus sucesores hemos creado.

Amores

Karen Turner lo miró con odio desde la pantalla de la televisión, aunque no podía tener conciencia cierta de la existencia de su adorador, y José Daniel Fierro, conocido años antes por los habitantes de Santa Ana como *El Jefe Fierro, sheriff democrático*, escritor de novelas policiacas y cincuentón, se quedó babeante y bordeando peligrosamente el orgasmo.

Karen mostró los dientes con rabia cuando el asistente de las *Texas Long Horns* le arrojó una toalla, que ella desmadejadamente colocó sobre su espalda, mientras se deslizaba en el banquillo, dejando el largo par de piernas flotando entre su cuerpo y la duela.

Iban perdiendo 13 a 7, el juego iniciaba y Karen había tenido una desafortunada intervención: un intercambio de codazos con la rematadora de las *Tigresas de algo*, que culminó con la fuga y anotación de su enemiga y una falta que provocó que las otras acumularan un nuevo punto extra en el tiro de castigo.

José Daniel se sintió desolado y cómplice. Luego furioso:

–Te la hubieras rechingado con el codazo, le hubieras hundido la chichi en el pinche esternón a esa pendeja –dijo aprobando y se remató lo que quedaba de cerveza.

Lo suyo por Karen Turner, en tan solo cuatro semanas de estarla viendo jugar, rebasaba el amor del bueno y se había convertido en delirio y complicidad.

La Turner parecía corresponderlo y lo buscaba con la mirada en el graderío sin encontrarlo, contemplaba las cámaras y a los espectadores como buscándolo. Dos semanas atrás había tenido un juego genial anotando 20 puntos y pescando rebotes inverosímiles. Pero la semana anterior, después de ju-

gar tan solo cinco minutos, lo había jodido todo, mordiendo a una de sus oponentes y escupiéndole al árbitro cuando le había marcado un *fault* técnico.

Hoy estaba más calmada. El juego no daba para más. Las *Tigresas de quién sabe dónde* eran un equipo simplón, con buena técnica, que desbalanceaban el culo al tirar de media distancia sin ninguna gracia y solo era cuestión de minutos el que las *Texas Long Horns* dominaran el encuentro e impusieran esa mezcla de ferocidad y ritmo para arrasarlas en el marcador.

Karen entró en la segunda parte y anotó un tiro de tres puntos imposible, saltando de espaldas a la canasta y enderezándose en el aire para tener la perspectiva. Luego dejó que aplaudieran y no hizo mucho más, fuera de cambiar miradas asesinas con una negra de labios gruesos que le sacaba 20 centímetros y a la que se había empeñado en bloquear en un desafortunado marcaje de zona.

Cuando el partido terminó, José Daniel permaneció atento a las breves tomas que acompañaron a las festivas *Texas Long Horns* hasta la salida del gimnasio y hacia los vestidores.

Entonces Karen Turner miró por última vez por encima del hombro y su gesto fue captado por una cámara en *zoom*. José Daniel supo que se despedía de él hasta la próxima semana.

Leonardo (IV)

Leonardo da Vinci, para Sigmund Freud, fue un paciente que nunca pudo llevar al diván. Y sin embargo, lo intentó. Apresando al pintor a partir de un minucioso estudio biográfico, si tal cosa es posible en una biografía tan llena de huecos y posteriores reinversiones, Freud comenzó a especular sobre el desplazamiento de la libido de un hombre, que tenía con las mujeres una relación de asco y lejanía y a las que solo podía recrear en la distancia del lienzo. Un personaje que en su cotidiano amor practicaba una homosexualidad platónica.

El buen Sigmund, que era cabrón para esto de la percepción de los otros, fue buscando hasta detenerse en una de las pocas frases acerca de su infancia que Leonardo había dejado en sus cuadernos.

Freud partió del siguiente recuerdo onírico de Leonardo:

Hallándome en la cuna, se me acercó un buitre, me abrió la boca con la cola y me golpeó con ella repetidamente entre los labios.

Con un material tan escaso, pero a juicio de Freud tan significativo, el analista comenzó una larga cadena de extrapolaciones lógico-sicoanalíticas: cola por verga, una simulación de una *fellatio*, transferencia del hecho de mamar del seno materno; elementos relacionados con la historia de que Leonardo era hijo bastardo de un notario, abandonado por su madre campesina a corta edad para ser criado en la casa del abuelo paterno...

Y siguió Freud bordando: la obsesión por el vuelo de las aves, una fantasía derivada. La dispersión de su obra, su curiosidad obsesiva. La energía sexual recanalizada...

Pero hablar del Mago de Vinci era meterse en el callejón sin salida de los insaciables figoneos de Leonardo, de sus manías, de sus incesantes reflexiones y curiosidades, de sus desvaríos y erráticos cambios de ruta. Era vagar sin rumbo a partir de sus obsesiones geométricas para arribar a las disquisiciones acerca del vuelo de las aves, los estudios anatómicos, sus precisiones sobre el *sfumato*, o sus cuentas domésticas en las que calculaba cuántos huevos se comía el pequeño grupo con el que habitaba en Florencia, formado por sus discípulos, asistentes y demás.

Freud desarrolló una teoría acerca de la homosexualidad latente de Leonardo expresada en su frigidez. Sin embargo, exploró a partir de una frase mal traducida y de información absolutamente insuficiente. Si Leonardo era homosexual o no, activo o pasivo, platónico o militante, pocos hechos en la nebulosa biografía del Mago podían confirmarlo: unos encontrarían la prueba en el incidente de juventud en que se le acusó, junto con otros aprendices del estudio de Verrochio, de sodomía, aunque los defensores de la heterosexualidad de Leonardo podrían encontrar pruebas de lo contrario en el resultado del juicio que lo absolvió. Algunos pensarían que no hay mayor prueba de la homosexualidad de Leonardo que la obsesión con que los biógrafos del siglo XVIII y XIX trataron de ocultarla. Si hay humo, y muchas cortinas tratando de ocultarlo, debe haber fuego. Y algunos encontrarían la prueba definitiva y poco discutible en que Leonardo, pintor y hombre de todas las ciencias, nativo de Vinci, el 8 de abril de 1503, cuando estaba pintando *La batalla de Anghiari*, le prestó a su ayudante (¿discípulo, compañero, amante?) Giacomo, mejor conocido como *Salai* o *Salaino*, tres ducados de oro para que éste mandara hacerse unas calzas de color de rosa. Pocos repararán después de este argumento contundente como el que más, en que Leonardo anotaba: *quedo a deberle nueve ducados, pero él, por su parte, me debe 20, 17 que le presté en Milán y tres en Venecia*.

Lo que Freud no hizo fue conectar su propuesta interpretativa acerca de la homosexualidad de Leonardo con las invenciones que éste produjo en esos días posteriores al fracaso del mural. Y sea el que la libido apachurrada de Leonardo

buscaba salida en otros rumbos que el sexo no le ofrecía, sea por el evidente fracaso del mural de *La batalla de Anghiari*, también comentado por Freud, sea porque El Mago estaba atrapado por un siglo que no daba para mucho en materia de tecnología, el caso es que Leonardo inventó en esos días la bicicleta y su invento se desvaneció.

Y lo de la homosexualidad de El Mago es una explicación tan buena como cualquier otra, para entender por qué, en ese momento de su vida, Leonardo, apasionado con lo imposible, diseñó, con 400 años de ventaja, un esbozo de un vehículo de transporte de dos ruedas, con sillín, tracción a pedales posterior y rueda de engrane que, sin duda, resultaba lo que habríamos de llamar, mucho después, *bicicleta*.

Cablevisión

Cuando una novela no sale, cuando el mundo alrededor del novelista va siendo dominado por la entropía del caos, cuando se pierde el cordón umbilical con el esencial sujeto narrativo –y en este caso se trataba de una ciudad completa (con todo y pasos a desnivel, vendedores de fruta y reyeratas domésticas, nubes contaminadas repletas de imecas y de bordes color cobre, ríos transportadores de heces fecales a punto del desborde en los que navegaban restos de carabelas colombinas, pajaritos intoxicados con mirada patética)–, el novelista es dominado por una desazón profunda, una desgana patológica acompañada de ronquera, cansancio, dolores musculares en el cuello y renacida vocación suicida.

Los gestos exteriores se prodigan: crecen las uñas, salen granos infecciosos en la parte inferior de la barbilla, empeora el oído del lado izquierdo, se olvida uno de empadronarse en el registro electoral, se comienzan 10 novelas y no se termina ninguna, se pierde el olfato, los ojos lloriquean y nunca se está seguro de si esto se debe a las emociones o a la contaminación ambiental, y por si fuera poco, aparecen manías de las que valdría más no acordarse.

La novela parecía ser acerca de su abuelo. Ángel del Hierro, y las calles de una Barcelona que José Daniel no había conocido. También sobre un barón apócrifo, espía y jugador de cartas, con una biografía que parecía de mentira y una amante que tuvo en su día el inverosímil nombre de René Scalda y a la que JD imaginaba muslona; y había la posibilidad de que de alguna manera todo eso, la Barcelona de los años veinte, la ciudad que se había vuelto «la casa de la muerte», el abuelo, el barón, las amantes nalgonas de li-

gueros lilas, se conectaran de alguna manera con los dueños de una prosaica tienda de abarrotes en la colonia Condesa (ubicación temporal de esta segunda línea narrativa: la semana pasada). El libro se había titulado provisionalmente *La balada de las estrellas*, por aquello de que las pistolas que usaban los anarquistas en Barcelona entre 1920 y 1923 eran marca Star y José Daniel quería forzar en la novela una revisión de las relaciones entre el romanticismo y la violencia, un encuentro entre los tiros y los amores. El hijo del barón podría ser polígamo y el nieto sería un conocido suyo que contrabandeaba licores y estaba mezclado con unos judiciales de Toluca bastante impresentables.

Pero el libro no acababa de salir del esbozo y menos de las 60 páginas de párrafos supuestamente acabados, junto a notas que no iban a ninguna parte. Los personajes se armaban en la anécdota pero no construían lazos atmosféricos entre la Barcelona revolucionaria y el pinche DF. Quizá porque la novela se quedaba anclada terca o amorosamente en la Barcelona modernista y no quería recorrer el tiempo y viajar hasta la mexicanísima colonia Condesa. Y él se lo atribuía a la contaminación y a la distancia narrativa. A la falta de posesión que tenía sobre una ciudad y a la sobra de posesión superficial de la otra. Durante la escritura de *La cabeza de Pancho Villa* José Daniel había vivido algo similar, pero la memoria es y era corta y cada novela tiende a convertirse en una angustia nueva, diferente, que aparece, aunque no sea así, por primera vez en la vida.

En medio de este caos, José Daniel Fierro se estaba volviendo viejo y la prueba definitiva (las canas en el bigote eran un accidente puramente físico) era su creciente racismo. Se estaba volviendo intransigente con el paso de los años y no había racionalidad antirracista, no había humanismo que le corrigiera las emociones. Le tocaban los huevos sus amigos catalanes de Lérida cuando hablaban, ese tono que para el oído mexicano era pura arrogancia insípida; no soportaba la cara vacía de expresión de los bielorrusos ni la forma en que la mayoría de las mujeres de Toulouse (por lo menos las que había visto en una tarde) querían ser bellas sin serlo y, sobre todo, le envenenaba el alma un gringo mascando chicle. Por

más que intentaba evitar el prejuicio, esas basuras se habían metido en su vida.

Sobre el televisor Packard Bell enorme que funcionaba como altar en los restos de su hogar había encendido tres veladoras para que Karen Turner no fuera parte de la legión rumiante, no hablara como leridana y no fuera de ascendencia bielorrusa o francesa. Ésas eran sus últimas esperanzas. Hasta ahora la pecosa no había dado muestras de ser nada más que una salvaje, que dejaba que las emociones mandaran sobre la concentración y sobre la técnica, pero no había muestras de que mascara chicle. De cualquier manera, José Daniel Fierro estaba viviendo una situación peligrosa, mascara chicle o no la gringa temperamental y basquetbolera de la que estaba profundamente enamorado.

No solo se estaba volviendo racista y se avergonzaba de sus emociones idiotas, de su senil intransigencia, por si esto fuera poco, la mujer que le lavaba la ropa no había aparecido en los últimos 15 días. Doña Euge habría recaído en una de esas crisis matrimoniales que frecuentemente la paralizaban. Algo estaba pasando en las calles y a él se le escapaba. Había nuevas manifestaciones de estudiantes. Los periódicos y los cigarrillos estaban aumentando de precio. Tenía la correspondencia atrasada por lo menos un mes. La novela no salía.

José Daniel Fierro hurgó entre la pila de la ropa sucia, encontró unos calcetines arrugados que no apestaban demasiado y una camiseta del equipo de fútbol de la Penitenciaría de Zacatecas. Hizo un paquete con el material y recorrió la distancia entre el baño y su recámara temblando de frío. Al pasar frente a su mesa, tomó de la pila del correo dos sobres que contenían algo que podía ser un cheque.

Estaba durmiendo en las mañanas, viendo televisión en las tardes y escribiendo en las noches. Sin salir de la casa. Encerrado a cal y canto. Y poco a poco se volvía consciente de que toda cárcel tiende a convertirse en un universo, como bien sabía Phillip K. Dick, uno de sus maestros. Y entonces toda rutina, por más que pareciera apacible, era peligrosa.

El teléfono sonó con un graznido. Una secretaria anunció que Joaquín Díez-Canedo quería hablar con él.

—Si buscas en medio de la pila de paquetes que te ha llegado por correo en los últimos meses, encontrarás unas pruebas con todo y la cuarta de forros para la reedición de *Volver a Santa Ana*. Si abres el sobre y revisas las galeras y me das el ok, hasta puedes leer las correcciones por teléfono y yo puedo mandarla a imprimir. Si no lo haces en los próximos dos minutos, haz de cuenta que dijiste que sí y de todas maneras lo mando a imprimir.

—Bueno. Juro que voy a hacer todo lo que dices —dijo José Daniel y colgó.

Se sentó ante el televisor y buscó en el piano del cable televisivo el canal norteamericano que transmitía el básquet femenino. Faltaba aún una hora para el encuentro entre las texanas y sus rivales de una universidad privada de Miami y se la pasó haciendo *zapping*, rehuyendo los noticiarios y los programas de caricaturas.

El teléfono sonó un par de veces, no se tomó la molestia de contestarlo. Cojeando se metió en la cocina: quedaban del último envío de Almacenes Ojeda un par de jugos de pera de Mundet, algunas latas de atún mexicano con sabor a delfín y almejas chilenas. El pan estaba verde. Lo tiró a la basura. El refri se encontraba saturado de gelatinas de limón y cervezas; y el congelador, de tetrapaks de fresas congeladas. La mayonesa se había acabado. Una lechuga vieja lo contemplaba. Abrió un par de latas y las puso en un plato. Tuvo que lavar un tenedor para poder comer. Cortó con unas tijeras los bordes de uno de los paquetes de fresas, las volcó en un plato sobrero milagrosamente limpio y las dejó descongelando. Sobre la mesa de la cocina había un periódico de hacía dos meses. Lo hojeó. Las noticias le parecieron nuevas.

Se dejó caer de nuevo en el sillón justo a tiempo para ver saltar al terreno de juego a las *Texas Long Horns*.

—Chinga, pala mierda, el coño de su madre —dijo en una mezcla de mexicano y chileno, influencia de las almejas.

Algo raro estaba pasando. La Turner no jugaba hoy. Esperó con los dedos cruzados hasta que la cámara mostró la banca de las texanas. No estaba. Perdió el interés por el juego y se concentró tan solo en ver si no se habría equivocado, o si el objeto de sus obsesiones había salido tarde del vestidor.

Pero era raro. La banca estaba mermada. Cinco en el terreno de juego, solo cuatro en la banca, en lugar de las seis o siete habituales. Ni Karen Turner ni Jackie O'Brien, la anotadora máxima de las *Long Horns*, una rubia alta y desabrida.

El juego era un desastre.

Él era un desastre. ¿Qué mierda estaba pasando? Ya no se podía confiar en las ilusiones. Ni siquiera en las prefabricadas ilusiones norteamericanas que llegaban desde un satélite por cable hasta la colonia Roma Sur en la ciudad de México.